

El ecobarrio y la ecociudad: un ejemplo necesario para la revisión de nuestra forma gestionar la ciudad.

D. Agustín Hernández Aja
Arquitecto

La metodología y los ejemplos presentados en el libro "Ecociudades", suponen un acicate para la transformación de nuestros modos de concebir la ciudad, su construcción y su necesaria rehabilitación. Hasta ahora la información existente, se limitaba a la presentación más o menos ordenada de nuevos barrios que contenían propuestas más o menos novedosas que declaraban su intención de aportar una mejora en el tratamiento medioambiental de la ciudad. Estas propuestas se caracterizaban por el tratamiento espectacular de su representación gráfica, por presentar gráficos y esquemas en lugar de cifras y dimensiones y servir a una población ideal en un marco idílico. Por el contra el libro Ecociudades, parte de la determinación de criterios de evaluación sólidos aplicados a proyectos reales, sin eludir la descripción de los aspectos críticos, ni la descripción de las demandas sociales, que en algunos casos, los originaron. El libro nos permite situarnos en un escalón sólido sobre el que desarrollar una reflexión sobre las posibilidades reales de modificar nuestros actuales patrones de concepción, diseño y gestión de los espacios urbanos, tanto para los nuevos como para la rehabilitación de los antiguos, suponiendo un salto cualitativo sobre la literatura al uso.

Pero no creo que el fin de mi presencia en esta mesa redonda sea el realizar una descripción del contenido del libro o sus ejemplos, ni tampoco la presentación de criterios alternativos o complementarios de los presentados. Por lo que opto por realizar una reflexión complementaria a la que nos plantea el libro.

Nos encontramos en un planeta, en el que se ha invertido la situación histórica de la que procedemos. Nuestro pensamiento aún se nutre de una visión de un mundo en el que predominaban las fuerzas de la naturaleza, en el que la ciudad, la urbanización, se enfrentaban a la tarea de ganar metro a metro espacio a la naturaleza, y en el que ésta nos parecía capaz de recuperar el espacio ganado si cejábamos en nuestro esfuerzo. Pero la realidad es la inversa, hace ya tiempo que la urbanización, no ya la ciudad, ha ganado la partida; los espacios ganados por la urbanización no son recuperables por la naturaleza; aún cuando son abandonados lo natural no vuelve sino es de manera marginal y en una forma degradada, incapaz de reconstruir los ciclos de la vida en su magnitud original. De forma que vivimos en un mundo urbanizado, en el que todo el planeta es puesto al servicio del sistema urbano-industrial y en el que cada día se pierden especies, suelos y capacidad de regenerar los materiales usados. Todo lo anterior no pasaría de ser un problema estético o cultural, si no fuese porque pese a la aparente capacidad de nuestra tecnología para aparentar eficacia e independencia de la naturaleza, no dejamos de depender de la biosfera, de sus ciclos y su capacidad de regeneración para mantenernos como especie, para vivir en suma.

El dilema del que aquí se trata es de cómo revertir el proceso de la urbanización, de cómo acoplar nuestra acomodación sobre el planeta a la conservación de sus ciclos con la suficiente eficacia para mantener las condiciones de la vida. Nuestra visión de la urbanización es tal que podríamos definirla como "una actuación sobre el ecosistema que impide su regeneración autónoma". La urbanización supone la destrucción del suelo fértil, la ruptura entre el suelo y la atmósfera, el traslado de los cursos de agua, la impermeabilización de los suelos, el vertido de residuos, extraños para la naturaleza o en tal cantidad que

saturan la capacidad del ecosistema para reciclarlos. Esta urbanización es tan intensiva, que no solo afecta al propio lugar en el que se produce, sino que degrada los suelos cercanos o aquellos de los que se surte. Pero no sólo es intensiva, sino que es masiva, de forma que ha revertido la situación inicial, tenemos un planeta cada vez más urbanizado en el que los espacios naturales tienen difícil su propia regeneración o mantenimiento.

Parece que ha llegado el momento de que revisemos la forma en que acomodamos nuestro alojamiento y actividades a la naturaleza. Necesitamos revisar cada una de las funciones que necesitamos y que realizamos mediante la sustitución del orden natural por un orden artificial. Es necesario hacer convivir los dos órdenes, no es posible seguir oponiéndonos a la relación con el orden del ecosistema, impidiendo el paso del agua al suelo, concertando nuestros residuos para mandarlos lo más lejos posible, ignorando el ciclo solar (para calentarnos o protegernos de él), transportándonos constantemente en una continua espiral de consumo de lugares y por tanto de suelos. Ha llegado el momento de modificar la visión, el momento de mirar y comprender. Se trata de dejar de oponerse a los ciclos naturales, se trata del momento de aprender de ellos de sumarse al flujo de la ola para navegar sobre ella. Hay que dejar pasar el agua, no oponerse y renunciar a ella. Hay que usar cada cosa y cada calidad para lo realmente necesario. Aspirnos a los ciclos para mejorar nuestra vida sin poner en peligro su continuidad.

Nuestra intervención ha sido la contraria, para nosotros la construcción de la ciudad, o la mejora de la existente, pasaba conseguir la máxima separación posible de la naturaleza, cuanto mayor fuese la base y la sub-base de nuestras calles, mayor era la calidad de lo construido. Ahora hay que apostar por una intervención que se acople a los ciclos en las que no aplastemos el suelo y sus ciclos, sino que flotemos sobre ellos. Una intervención en la que el agua de lluvia no sea un producto sucio y maloliente que traslademos a una depuradora lejana mediante unas tripas profundas, sino que sea el sustento de un cauce cercano. Un espacio en el que el dominio de lo artificial deje paso a la visión de los ciclos, en el que sepamos cuando es invierno y cuando es verano y si llueve o hace sol.

Nuestro concepto ha sido considerar la intervención sobre la ciudad como una "obra nueva", perfecta independiente e inalterable (cuanto más mejor), formalmente abstracta y solo regida por su propia lógica, ajena a una naturaleza que transformaba a su antojo. Pero lo nuevo ya no puede ser un signo de la artificialización absoluta, lo nuevo debería de ser la modificación del actual modo y concepción de lo urbano, la revisión del concepto del proceso, que se considera aún por ciclos separados.

Incluso nuestras herramientas más modernas de concebir la relación de lo urbano con la naturaleza se basan en aspectos sectoriales. Hay quién considera como crucial el Ciclo de Vida, llegando a incluir no sólo la fase de derribo, sino también la de reincorporación al ciclo. Consideramos el consumo funcional de lo construido, desde la energía al agua. Los más comprometidos nos hablan del ciclo ecológico, señalándonos la necesidad, como he hecho yo aquí, de considerar la reducción del daño sobre su eficacia; no queremos dejar de tener, aire limpio, alimentos sanos y agua de calidad. Pero muy pocos tienen en cuenta a sus habitantes, pero no sólo al habitante del que reclamamos la participación, sino de la historia de sus habitantes, del ciclo de su vida, un ciclo que sólo él vive en realidad y que ignoramos como si fuéramos ajenos a ellos. El verdadero reto está en la articulación de los ciclos, en reducir el impacto de lo que construimos, pero también reconocer el ciclo de quienes lo habitamos. Quizás seamos capaces de reconvertir nuestras viejas y desesperadas ciudades en espacios más acordes con las necesidades de quienes las habitan y de los ciclos que en realidad les sustentan.

No me gustaría acabar sin hacer mención a las trampas y trabas a los que nos enfrentamos en nuestra decisión de transformación. En un mundo en el que cualquier concepto es acaparado por la concepción de

lo nuevo como algo abstracto e independiente de todo lo anterior, resulta fácil perderse o caer en alguna de las siguientes trampas y trabas:

La trampa tecnológica. La implantación del paradigma científico-industrial le dota de los medios para simular cualquier cosa, escondiendo sus consumos y sus impactos. Día a día aparecen soluciones milagreras, que sólo son readequaciones de viejas formas y procesos, que maquillados de verde pretenden alargar su vida ajenos a los efectos que producen.

La traba de la urgencia. Los problemas son tan urgentes, la necesidad de acabar las cosas tan perentorias, que acabamos convencidos que no es este el momento, que cambiar los procesos o las formas de hacer no es oportuno. Despreciamos de esta manera la solución del después por la resolución del ahora.

La ignorancia de las dimensiones reales del daño. Hemos construido un aparato de tal dimensión y tamaño que aleja a tal velocidad de nosotros los problemas que producimos, que ignoramos la importancia del daño. No vemos ni conocemos el volumen de residuos que se producen allá para recibir el producto limpio de polvo y paja acá. Cuando construimos y urbanizamos, tenemos una ligera noción del volumen de tierras y escombros que hemos producido pero nunca lo hemos visto todo junto. Es necesario incluir la valoración de las dimensiones físicas de nuestras actividades, haciéndolas comprensibles para todos: técnicos, trabajadores, ciudadanos y políticos.

La trampa del ahorro relativo. La implantación de los sistemas de evaluación ecológica, se realiza sobre la comparación de un objeto despilfarrador. Una casa energéticamente eficiente gasta menos que otra que no lo sea. ¿Pero gasta menos que una más pequeña? A menudo la justificación de una solución tecnológica es que es un producto de nueva generación que gasta menos que el anterior. ¿Pero menos que otro alternativo?

La trampa de la conservación del elemento singular. La práctica normal se plantea la protección del espécimen singular, de la parte del valle más feraz y profundo. Pero esta protección abandona la protección de las auténticas bases de su calidad: el ciclo que lo sustenta. La protección del elemento singular, antes o después produce la degradación de éste ahogado por la falta del sustento de ciclo del que sólo es la parte más espectacular.

Y por último la más fuerte y rotunda de las trabas, la no aceptación de la necesaria reducción de nuestro consumo, la falta de disposición individual y colectiva de aceptar menos para asegurarnos más el día del mañana.

A mi me gustaría que este libro de "Ecociudades", sea un escalón de una escalera que nos permita modificar nuestros patrones de concepción, proyectación y diseño, pero también de nuestras creencias y la antesala del abandono de parte de las trampas y trabas con las que convivimos cada día.